

MARTA GRACIA PONS

**EL OLOR
DE LOS DÍAS
FELICES**



MAEVA

«La calle más alegre del mundo, la calle donde viven juntas a la vez las cuatro estaciones del año, la única calle de la tierra que yo desearía que no se acabara nunca, rica en sonidos, abundante de brisas, hermosa de encuentros, antigua de sangre: Rambla de Barcelona.»

–FEDERICO GARCÍA LORCA

Para las víctimas de los atentados terroristas de Barcelona del 17 de agosto de 2017.

PRIMERA PARTE

Barcelona

Hacía un día espléndido, sin nubes, con un ligero viento matutino que traía el auténtico olor a verano y jardín. Anna entornó los ojos y miró el sol brillante y caliente que asomaba bajo un coro de aves madrugadoras. Aquel verano de 1928 iba a ser realmente caluroso, pensó sin mucho ánimo. Suspirando, metió la sábana blanca en el agua turbia del lavadero mientras le llegaba de la cocina el familiar aroma de la leche hervida y el pan recién horneado. Eso la reconfortó.

Restregó con fuerza la tela en la piedra con ceniza. No había nada mejor para las manchas, pero tenía el inconveniente de que ennegrecía las manos y eso la fastidiaba. Aunque era una simple lavandera, quería que su piel se viera tersa y blanca como cualquier muchacha de su edad. Miró a sor Julia: no había dejado de frotar en ningún momento y apenas se había tomado un descanso. Tantos años trabajando bajo las inclemencias del tiempo habían hecho mella en su rostro, ajado y oscurecido por el sol. Anna la admiraba. Había aprendido de ella, de la serenidad con la que sobrellevaba las dificultades y de su forma de salir adelante gracias a las oraciones. Así conseguía ser feliz.

Trabajaban en silencio, con el sonido incesante de la cigarra y el martilleo de la ropa golpeando sobre la piedra, hasta que sor Julia dijo:

–Es un trabajo duro, niña, pero peor era antes, cuando teníamos que ir al Rec Comtal a lavar. Entonces nos comían los mosquitos y el agua era horrible. Eso sí, hablábamos mucho y nos reíamos. Comentábamos la vida del pueblo y a veces cantábamos.

Se detuvo unos segundos, como si el recuerdo la hubiera trasladado a sus años de juventud y su vida nada tuviera que ver con la Orden de las Hijas de la Caridad; cuando vivía en su casita de fachada

de adobe, pobre pero libre y joven para correr alocadamente por el corral, o para curiosear en las madrigueras de los conejos, recoger los melocotones caídos de los huertos vecinos y contar historias despreocupadamente a la luz de la lumbre. Una infancia sencilla y dichosa, que su madre había truncado cuando decidió por ella una vida de hábito y austeridad.

Anna trató de imaginar a sor Julia con su misma edad. Sin duda habría sido bella, pensó, y una jovencita de armas tomar. La debilidad que aparentaba su cuerpo se esfumaba al oírla hablar: tenía carácter y le gustaba mandar. Sin ella, probablemente, el caos se apoderaría de la Casa de la Misericordia.

—No quiero trabajar más de lavandera, sor Julia. —Dejó escapar con un suspiro—. Quiero dedicarme a otra cosa. No sé, oficinista, dependienta, actriz como Louise Brooks... Hay una vida fascinante tras estos muros y quiero vivirla.

—¿Actriz? —Rio—. ¿Qué sabrás tú de eso?

—Veo los carteles en las Ramblas: son mujeres de éxito, guapas, ricas...

—No digas tonterías, Anna —la interrumpió—. Tienes que tener los pies en la tierra. Debes ser realista. Que no te guste ser lavandera lo entiendo, pero de ahí a pensar en ser actriz de... ¿cómo se llama?

—Hollywood —contestó ilusionada, y enseguida torció el gesto—. Claro que no aspiro a algo así, pero... Quiero hacer mi vida, sor Julia. Creo que estoy preparada.

La monja desvió la mirada y se pasó la mano mojada por la frente.

—Ya tienes diecisiete años y no puedes quedarte aquí por más tiempo si no tomas el hábito —dijo con la voz apenada—. Sabes que hemos hecho una excepción contigo. O decides formar parte de la Orden o tendremos que buscarte un trabajo como sirvienta fuera del orfanato.

Justo en aquel instante pasó otra monja caminando hacia el huerto de verduras que había en el patio, al lado del pozo, con una cesta en el brazo y unas tenazas de hierro. Como todas, llevaba su hábito negro y una toca alada blanca que le ocultaba el pelo. Se imaginó a sí misma vestida de aquella guisa, llevando una vida de oración, trabajo y dedicación a los demás, sin ningún otro aliciente que ser ejemplo

para todas aquellas huérfanas que creían que la vida solo conllevaba sacrificio y abnegación. Negó con la cabeza. Sabía bien que ella no servía para eso, aunque agradecía la educación y el cariño que había recibido de aquellas devotas mujeres. Cerró los ojos y tomó una decisión: pese a encontrar en la oración una forma de alivio, no se veía muchos años más allí. Quería ser como aquellas chicas alegres y descocadas que pasaban por la Rambla de camino al teatro o a algún café para divertirse: mujeres seguras de sí mismas, capaces de disfrutar de los placeres de una ciudad como Barcelona.

—No quieres ser una de nosotras —concluyó la monja—. Siempre he pensado que este no es un sitio para ti. En realidad, hace ya semanas que estoy intentando encontrarte un trabajo decente.

Anna tragó saliva. La mayoría de las chicas del orfanato terminaban de criadas en alguna casa del Eixample, pero sabía que era un trabajo esclavo y que apenas tendría tiempo libre para salir, hacer amigos y encontrar el amor en algún café moderno. Como mucho, podría optar a un soldado. Solían pasear por la Rambla cuando estaban de permiso, piropeando y cortejando a las criadas que salían en su único día de fiesta. Pero Anna no quería un soldado rudo y desaliñado, sino uno de esos hombres que aparecían en los carteles de cine de la ciudad y que protagonizaban las películas de Hollywood: chicos altos, con el pelo peinado hacia atrás con brillantina, trajeados y con olor a perfume caro.

—No quiero trabajar de criada... —le suplicó—. Ni tampoco de lavandera.

No estaba en condiciones de exigir nada: aunque era el ojito derecho de sor Julia, no podía hacer distinciones. La habían educado, igual que al resto, para ser poco más que una sirvienta. No sabía redactar correspondencia, archivar documentos ni hacer uso del teléfono. Solo sabía lavar, planchar y coser. ¿A qué podría aspirar entonces?

—A veces no se puede elegir. —Puso la mano en su regazo—. Eres una chica lista y podrías hacer cualquier cosa que te propusieras, pero la vida fuera es dura. Si quieres sobrevivir, necesitas trabajar de lo que sea siempre que sea digno a ojos de Dios. Y si no... siempre puedes quedarte aquí.

—No quiero ser monja, sor Julia —respondió sin sutilezas—. No me llama la vida de oración.

Sor Julia agachó la cabeza y se sinceró en un vano intento por convencerla.

–Tampoco a mí. Fue mi madre quien me metió en la Orden. No me quedaba otra si no quería morir de hambre y vivir bajo un puente.

Jamás había confesado algo así. Anna la consideraba como el ejemplo personificado de la cristiandad. Era muy beata y se había ganado el respeto de toda la congregación.

–Oh, no pienses que no quiero a Dios. –Se santiguó y sonrió–. Ahora no cambiaría mi vida por nada del mundo. He ayudado a niños que de otro modo hubieran muerto bajo el frío... Tú, mi querida Anna, eres como una hija para mí.

Sus ojos se humedecieron, y Anna la abrazó con las manos mojas. La monja, intentando sobreponerse, se limitó a darle una reconfortante palmada en la espalda.

–Intentaré encontrarte un buen trabajo –añadió, emocionada.

Anna reprimió el llanto y volvió a su trabajo. Confiaba en sor Julia: le había demostrado su amor a lo largo de todos esos años y gracias a ella se había convertido en una mujer fuerte, perseverante y trabajadora. Era lo más parecido a una madre para ella.

Cogió el cepillo y restregó bien la tela, luego la aclaró varias veces hasta dejarla sin restos de jabón. Hizo una mueca de angustia: sus manos acalambradas apenas podían seguir con la tarea y su espalda se retorció de dolor. Afortunadamente, solo le quedaba tender la ropa al sol. Tras terminar el trabajo, miró a sor Julia, que había enmudecido y tenía la mirada gacha y pensativa. No le dijo nada. La dejó descansando bajo el sol, apoyada sobre el lavadero, y trató de no pensar en la despedida.

Se dirigió a la cocina, donde se encontraba sor María sentada en una banqueta pelando patatas mientras murmuraba por lo bajo. En un plato abandonado sobre la mesa de madera, había varios restos de limón que había usado la monja para hacer las cocas de San Juan y que Anna utilizaba para aclarar sus manos y suavizarlas. En el fuego, una olla enorme y humeante con un espeso caldo de verduras del huerto y un hueso de jamón.

–Anna, hija, te necesito –le dijo sor María, mostrándole unas manos negras y ásperas–. Tienes que hacer un recado.

–¿Por qué no se echa limón en las manos? –espetó, ignorando su comentario–. Eso la haría parecer más fina.

–Qué manía con el limón –contestó con hartazgo–. No se te van a emblanquecer las manos por mucho que lo hayas leído en no sé dónde.

–No lo he leído en ningún lado, me lo dijo una de las lavanderas de Horta –respondió cansada–. Y creo que desde entonces tengo las manos más bonitas.

–Nunca tendrás las manos bonitas –le replicó–. Y tampoco te hace falta. Suerte tienes si sales de aquí y encuentras novio rápido, si no tendrás que tomar el hábito.

Ni siquiera le contestó. Sor María tenía muy mal humor y no valía la pena replicarle. Asintió sin hacerle mucho caso y esperó a que le encomendara el recado.

–Tendrás que ir al mercado a comprar más patatas –continuó de mala gana–. Venga, no te entretengas.

Sabía de sobra que tardaría en regresar. Solía embobarse con los escaparates de las tiendecitas de la Rambla que anunciaban cremas milagrosas contra el paso de la edad o pastillas de ingredientes exóticos que quitaban todos los males. También los cafés concurridos por los burgueses bien vestidos de la zona alta, que se sentaban a la sombra de los toldos a tomar granizados de limón o soda americana. Con el calor que hacía, le vendría bien uno de esos refrescos llenos de burbujas que parecían saciar la sed al instante. Aunque solo costaban veinte céntimos, ni siquiera el cambio que le quedaría de comprar las patatas le llegaría para uno. Podía conformarse, como mucho, con un *suau*, un café con gaseosa, pero no le gustaba el sabor amargo del café.

–Llegaré pronto, se lo prometo –dijo, esperando a que le diera el dinero–. Le traeré las mejores patatas de la Boqueria.

Salió a la calle dando pequeños saltos de alegría. Mientras caminaba Rambla arriba, Anna no podía dejar de observar el trajín de una ciudad que poco o nada tenía que ver con su día a día en el interior del hospicio. La vida cotidiana de los barceloneses era muy diferente a la suya, que se limitaba a obedecer y cumplir con las obligaciones que le imponían las monjas. Sin embargo, a Anna le encantaba pasear tranquilamente por allí y contemplar a las mujeres que salían de la

iglesia de Betlem con sus mantillas perfectamente acomodadas en un recogido regio y elegante; a los vendedores ambulantes que ofrecían todo tipo de juguetes y marionetas a los niños que revoloteaban en la puerta de la iglesia, a las jóvenes que vendían flores a la salida de los teatros y que se insinuaban a los señores de postín para lograr convertirse en sus queridas... Los contrastes sociales eran una estampa habitual en aquel paseo: los hombres que conducían su rebaño de cabras por los preciosos y señoriales jardines del Palau Moja se mezclaban con las muchachas de clase media y alta que acudían en masa a los grandes almacenes El Siglo para comprar vestidos a la última moda; los lecheros, panaderos y aguadores con los enormes carteles comerciales que anunciaban las más exquisitas cafeterías y restaurantes; los obreros sucios del Paralelo con los especuladores de la Bolsa de Barcelona...

Llegó a la Rambla de Canaletes empapada en sudor, así que paró a beber en la fuente. En ella había unos niños sedientos, encargados de la poda de los árboles del paseo, y el conductor de un tranvía, que había dejado a los pasajeros esperando bajo el sol infernal del mediodía. Justo al lado, en la confitería Esteve, varias criadas y cocineras de las mejores casas hacían cola en la puerta con el fin de llenar sus cestas de cocas de frutas confitadas para la cena. Se había pasado el mercado con toda la intención: su objetivo era, siempre que podía, visitar el Hotel Colón desde fuera; le encantaba observar la terraza de su café, donde se juntaban los vanguardistas como Sebastià Gasch, crítico de arte y periodista que animaba las charlas durante el vermut, y los vendedores de ostras frescas recién llegadas de Marsella. Envidiaba a aquellos jóvenes que podían permitirse sentarse a la fresca cuando los demás debían seguir con su rutina de trabajo. Se sentía viva: quería experimentar, tomar las riendas de su vida, evolucionar y mirar hacia delante. Y lo haría pronto.

De repente, se topó con las únicas amigas que tenía fuera del orfanato: las lavanderas de Horta. Al pie de la sierra de Collserola, Horta gozaba de abundante agua procedente de los arroyos y los torrentes que bajaban de la montaña. En comparación con otros lavaderos públicos, el agua de Horta era limpia y cristalina, así que las familias con dinero preferían pagar un poco más y así evitar los pozos negros del Eixample.

–Buenos días, Anna. –Un corrillo de mujeres la saludó al unísono.

Aquellas mujeres, reconocidas por su pulcritud y honradez, debían cargar con más de veinte kilos de ropa hasta paseo de Gracia. Todas vestían igual, con su habitual blusa blanca, delantal y fajín negro. Sus rostros parecían cansados y sus espaldas estaban curvadas de trabajar de rodillas durante horas.

–¿Has probado lo del limón? –preguntó Isabel, la más abierta de todas.

Anna le enseñó las manos, orgullosa.

–Si es que no te va nada la vida de monja, Anna, a ver cuando sales de allí y te vienes con nosotras.

Anna apretó los dientes. Trabajar de lavandera le parecía una tarea insufrible y apenas tenía tiempo para divertirse, salir y explorar el mundo moderno que llegaba del otro lado del océano: las *flappers*, el charleston, el cine... Podía verlo en los carteles publicitarios que aparecían en los escaparates y los periódicos: mujeres maquilladas, con la falda corta, las estrellas y vedetes de las revistas como la argentina Celia Gámez... Quería vivirlo antes de condenarse a una vida de sacrificio y trabajo.

–Tengo otros planes para mí, querida –le lanzó un beso al aire—. No quiero entreteneros más. ¡Que paséis una buena verbena!

Despidiéndose con la mano, el grupo de mujeres siguió su camino a toda prisa, con las cestas de mimbre apoyadas en la cadera para repartir el peso.

Ya era hora de dar media vuelta y comprar las patatas, si no quería que sor María le echara una buena bronca. Corrió a meterse a la sombra de la cubierta de hierro del mercat de Sant Josep, también conocido como la Boqueria. En la entrada había un arco modernista decorado con paneles de vidrio de colores, además del escudo de la ciudad.

–*Butifarres de sang per aquesta nit!*

–*Llonganissa bona i barata, nenes!*

–*Llardons per les coques!*

Los gritos de los carniceros se mezclaban con los de las mujeres que pedían turno y chismorreaban sobre una de las obras teatrales que más furor estaba causando en el Paralelo, sobre la vida de una joven adicta a la cocaína. *La vida de Cocot* había sido todo un éxito y la gente

acudía en masa a ver el espectáculo, pese a que los moralistas burgueses lo consideraban un ataque en toda regla a la ética y al buen gusto.

Anna estaba tan seducida por los colores y el bullicio que se respiraba bajo aquella cúpula de olor a sangre y pescado que apenas se dio cuenta de que se había pasado el puesto de verduras. Las moscas revoloteaban junto a los chorizos, las longanizas y la *cansalada* que colgaba de las cuerdas de las carnicerías. Pensó en lo afortunado de quienes podían saborear aquellas delicias que las monjas racionaban para los días de fiesta, como aquella noche. Por fin iba a poder comer los embutidos elaborados durante la matanza del cerdo que se había hecho en marzo: solo de pensarlo salivaba. Tuvo que hacer cola en el puesto de frutas y verduras, donde varias amas de casa seguían con la charla. Anna carraspeó para que se dieran prisa. Se estaba haciendo tarde y tenía que comprar las patatas. Por suerte se dieron por aludidas y pudo regresar al hospicio antes de que sor María pusiera el grito en el cielo por su tardanza.

La Casa de la Misericordia estaba delimitada por las calles de Ramelleres, Elisabets, Montalegre, Valldonzella y Tallers. Era un edificio muy amplio; en su interior había un refectorio, varias salas de labor, la enfermería y muchos dormitorios bien ventilados y limpios. Por la puerta de acceso en la calle Elisabets, rodeado de naranjos, se encontraba el torno. Anna no pudo evitar lanzarle un vistazo. Alguien la había depositado allí cuando tan solo tenía unos días de vida y había girado la rueda. Un llanto desgarrador, de desamparo, había alertado a sor Julia, quien la había recogido y se había convertido desde entonces en su protectora. Anna se preguntaba a menudo si quien la había abandonado se habría arrepentido alguna vez de lo que había hecho, aunque temía que no lo iba a saber nunca.

Abrió el pesado portón de madera y accedió al pasillo interminable que olía a incienso y que cuando era niña era incapaz de recorrer a solas. Al pasar por la capilla, decidió entrar y rezar un poco. Reinaba un silencio sepulcral, como siempre. Se arrodilló frente al Jesucristo colgado de la cruz, que la observaba piadoso pese a su agonía, y le pidió que las cosas le fueran bien fuera de la Casa de Misericordia. Una y otra vez.

El fuego de la hoguera crepitaba con fuerza. En la mesa de piedra se habían servido las butifarras, el fuet y las morcillas junto a varias cabezas de ajo y aceite. A su alrededor, más de quince niñas se afanaban por llenarse el estómago antes de que se acabara el festín, acercando sus rebanadas de pan de payés al fuego. Se respiraba un ambiente de alegría infinita: aquella noche podrían jugar hasta las tantas, corretear por el patio y observar los fuegos artificiales que se lanzaban desde la zona alta del Eixample y que pintaba de colores y luces el cielo. Era una noche mágica, e incluso las monjas disfrutaban de las canciones, alejadas de la eucaristía, para cantar a pleno pulmón con las huérfanas.

A la nit de Sant Joan,
que es una nit molt alegre,
els companys m'estan dient:
—Joan: per què no t'alegres?
—Com me puc alegrar jo
si m'han casat l'amor meva:
l'han casada lluny d'aquí
per mai més poder—la veure.

Cuando sacaron las cocas, las niñas se volvieron locas de entusiasmo. Mientras Anna les contaba un cuento bajo el ruido ensordecedor de los petardos, ellas se llenaban la boca de azúcar y daban pequeños sorbos de vino dulce del porrón. Había refrescado un poco, así que subió a su habitación a por una chaqueta de punto que le había hecho sor Julia hacía unos años. El calor sofocante de la estancia estuvo a punto de hacerle cambiar de idea, pero decidió abrir la ventana, que daba al patio, para que se ventilara antes de irse a dormir. La pirotecnia llenaba el cielo de Barcelona y pensó en la cantidad de familias unidas que estarían junto a la hoguera, recordando anécdotas y situaciones divertidas del pasado. Lamentaba no tener ningún recuerdo de su madre; tenía que contentarse con el único objeto que guardaba como oro en paño en el último cajón de la cómoda y que la ataba a una familia de la que no sabía nada. Se dirigió allí con intención de sacarlo, pero antes dedicó unos segundos a mirarse en el espejo picado de la habitación: el sol había oscurecido su piel después

de tantas horas en el lavadero y contrastaba con el color de su pelo, castaño claro, y sus ojos azul celeste. Era menuda y delgada, con los labios gruesos y la nariz prominente. Al reír, se le formaban unos bonitos hoyuelos en las mejillas redondeadas y unas pequeñas bolsas bajo los ojos. Las niñas más pequeñas decían que era guapa, pero no acababa de creérselo del todo; ¿guardaría algún parecido con su madre?

Sacó el trozo de tela con la que venía envuelta la noche que había sido abandonada en el torno. Era de un tejido vaporoso y delicado, de un blanco que se había convertido en amarillo por el paso del tiempo. En una de las esquinas, unas iniciales bordadas en hilo rojo: T. P.

26 de julio de 1909

No nos hemos atrevido a salir de casa. La huelga convocada para hoy nos mantiene en alerta y la policía no deja de pasar una y otra vez, a caballo, por la Rambla. ¡Menudo fastidio! Quería salir a dar una vuelta y comprar un periquito en una de las paradas del paseo. *Quiqui* ha muerto, quizá por el calor sofocante que hace en el balcón. Madre no quería que lo metiera dentro de casa, dice que no es propio y ensucia mucho, pero a mí me encantaba oírlo cantar. Me relajaba cuando hacía labores o cuando tomaba el café mirando por la ventana.

Ahora me esperan unos días interminables aquí, encerrada, aguantando las quejas de padre, que no deja de maldecir a los que han convocado la huelga. Nadie se atreve a salir de casa por miedo, así que no podemos socializar con nadie, ni visitar a nuestros amigos. Aunque parezca que no estoy pendiente de la conversación entre mi padre y mi hermano, entiendo perfectamente el problema. Ha empezado una guerra con Marruecos y han movilizado a los reservistas catalanes, muchos de ellos casados y con hijos, para embarcar hacia el conflicto. Mi hermano Joan también fue llamado a filas, pero mi padre pagó más de mil quinientas pesetas para que no fuera. Justo acaba de licenciarse en Medicina y solo falta que lo mate un moro de esos. ¿Qué nos importa a nosotros el Norte de África? Las malas lenguas dicen que es para proteger las minas de plomo de los grandes propietarios como el conde de Romanones. No me parece bien que unos tengan que morir por la fortuna de los demás. Desgraciadamente, no todos pueden pagar lo que pagó mi padre para librarse de la guerra y eso es un tanto injusto, pero yo estoy aliviada y contenta de que Joan se encuentre a salvo.

Echo de menos a Enric. Dice mi madre que cuando acabe la huelga iremos a ver a los Girona a Sant Pol, que nos han invitado a

pasar unos días. ¡Es tan apuesto! No sé si se da cuenta de que me ruborizo cada vez que me mira... ¡Qué vergüenza! Espero que no piense que soy solo una niña: ya tengo veinte años y, aunque él me lleve siete u ocho, podríamos hacer una buena pareja. Madre dice que también le gusta a él, que se nota por cómo me habla y que se pone nervioso si estoy a su lado. Creo que es una exagerada porque a ella le encantaría que nos comprometiéramos.

Mi hermano ha elegido ser médico, aunque a mi padre le hubiera gustado que siguiera sus pasos y se convirtiera en el heredero de la empresa; pero él no quiere saber nada: solo piensa en pasarlo bien, salir y olvidarse de las responsabilidades. Aún no sé cómo ha podido sacarse la carrera de Medicina, con lo difícil que es; a veces pienso que padre hizo algo para que le dieran el título, porque muy pocas veces he visto a Joan estudiando, sino más bien todo lo contrario. La cuestión es que padre quiere que me case lo antes posible para que mi marido lleve las riendas de la constructora cuando él falte, que espero que sea tarde. Así que Enric sería perfecto: los Girona, los dueños del Banco de Barcelona, son una buena familia y nos ayudan a financiar la fábrica. Sería un buen compromiso para todos y yo la mujer más feliz del mundo.

Carmina me llama para tomar el helado de canela y limón que ha hecho con la nueva heladera que hemos comprado. Si no bajo rápido, se deshará, y estoy deseando refrescarme un poco.

Teresa

Los domingos solía quedar con sus amigas las lavanderas en el marinerio barrio de la Barceloneta. Después de caminar por las callejuelas de Santa Caterina, salió al paseo Nacional y recorrió el puerto, rodeando la famosa Maquinista Terrestre y los talleres Nuevo Vulcano, ambas dedicadas a la producción de máquinas de textiles y material ferroviario y de construcción. De hecho, el puerto se encontraba muy próximo al ferrocarril, por la Estación de Francia, así que la Barceloneta, aparte de su marcado carácter marinerio, también era intensamente obrero. Toda la fachada marítima se encontraba salpicada de almacenes portuarios, multitud de fábricas y vías ferroviarias, además de las barracas y casas bajas del Somorrostro, Pequín y el Camp de la Bota. El mar y el suave oleaje que rompía en la playa era como un oasis entre tanta fábrica y metal. Un grupo de jovencitas paseaban bulevar arriba y abajo, saboreando unas grandes tajadas de sandía y melón que exponían los tenderetes de la plaza de la Barceloneta. Justo al lado de la iglesia de Sant Miquel del Port estaban sus amigas las lavanderas, esperándola bajo la sombra de los estrechos balcones con ropa tendida. Esta vez solo habían venido María y Luisa; quizá las demás habían tenido que terminar alguna faena o entregar algún paquete en el paseo de Gracia. Las dos eran altas y bastante bellas pese a llevar siempre el infame gorro de algodón con que se cubrían el pelo. Sin embargo, Luisa lo era mucho más que María: tenía el rostro ovalado y la tez olivácea, además de una densa melena y unas largas y negras pestañas. María, en cambio, tenía la cara picada y las facciones descompensadas. Ambas, como Anna, tenían las manos enrojecidas y callosas por el duro trabajo en la lavandería.

—¿Has visto lo que tengo? —María señaló el lazo que se había anudado en el cuello.

Anna arrugó la frente: la tela era de seda y de buena calidad. ¿De dónde la había sacado?

–Te la estás jugando, María –la reprendió la otra–. No puedes quedártelo. Te van a pillar.

–¡Venga ya! –exclamó airada–. Pero si ni siquiera lo notará... La señora Vila tiene muchísima ropa...

–¿Lo has robado? –Anna se llevó la mano a la boca–. ¿Cómo te atreves?

–Me paso el día lavando y no tengo nada –soltó con la cabeza gacha–. Me deslomo por llevarle su ropa limpia hasta su casa. Llego acalorada y no son capaces de ofrecerme un vaso de agua. No merecen menos.

–Pero si te pillan te lo harán pagar caro y no encontrarás trabajo nunca más.

–Entonces tendré que contar yo algo... –Alzó las cejas–. Las lavanderas nos enteramos de todo y dicen que la señora Vila...

–Shhh –chistó Luisa–. No lo sabes a ciencia cierta.

–¡Claro que sí! –Rio por lo bajo–. Que se ve a escondidas con el señor Roure.

–¿Y tú cómo sabes todo eso? –le preguntó Anna–. Y no está bien ser chismosa.

–Ay, Anna... –Le dio un codazo–. Dile a sor Julia que rece por el alma y la virtud de la señora Vila...

Las dos comenzaron a reír. Anna se mantuvo en silencio y se sintió mal por los comentarios de sus amigas. Ellas no habían sido educadas por las monjas y a veces pensaba que desconocían lo que estaba bien y lo que estaba mal. Robar era un pecado capital.

Siguieron caminando hacia la playa. En el mar en calma navegaba un barco de Las Golondrinas y varias regatas de patín a vela del Club Natació Barcelona. El antiguo faro del puerto, que ahora se encontraba en Montjuic, se había convertido en la torre del reloj. Eran las once, la hora en la que muchas familias se dirigían al Casino dels Banys de Sant Sebastià, que se había inaugurado hacía pocos días, para tomar un baño y disfrutar de los lujos de su restaurante y mirador.

–¿Sabes que vino Josephine Baker a inaugurarlo? –comentó Luisa.

Anna adoraba a la afroamericana. Era la bailarina más famosa del mundo: danzaba de forma salvaje y con una sensualidad provocadora con su falda hecha de jirones.

–Ojalá tuviéramos dinero para entrar. –Hizo una mueca de pena–. Tienen hasta una piscina, creo.

–Sí. –María cabeceó entusiasmada–. Y se bañan juntos hombres y mujeres.

–¿Qué me dices? –exclamó Luisa–. ¿Te imaginas? La de cosas que se podrían hacer debajo del agua...

Rieron. Anna se imaginó nadando junto a un hombre fornido, un galán del cine americano de anchas espaldas y pelo en pecho.

–Qué lástima que no sé nadar. –Se sonrojó–. Nunca podré comprarme un bañador.

–Los hombres se deben de poner las botas en esas piscinas –añadió María–. Los bañadores mojados dejan ver todo lo que esconde una mujer. Más de una ha tenido un descuido y se le han salido los pechos.

–Bañarse es de ricos –dijo Luisa cabizbaja–. Solo nos queda observar bajo el sol a quienes disfrutaban del agua. Algún día me haré yo misma un bañador con lana buena.

–Y ¿de qué nos serviría si no sabemos nadar? –Anna se encogió de hombros–. Es como tener un coche y no saber conducir.

–Seguro que habría muchos hombres dispuestos a enseñarnos. –Le guiñó un ojo.

Se sentaron en la arena a observar a la gente zambullirse en el agua. Anna se dejó caer de espaldas mientras sentía la brisa marina y el aroma salado del aire, que se mezclaba con el olor a sardinas asadas y mejillones a la marinera de los merenderos de los pescadores, que ofrecían pescado fresco a los trabajadores del puerto. Había mujeres ataviadas con traje de baño al completo y hombres enseñando muslo y parte de pectoral disfrutando de las caricias del suave oleaje.

–He traído la *Blanco y Negro* –comentó Luisa–. Ya la hemos leído todas, ahora te toca a ti.

Les encantaba esa revista. Hacían reportajes de moda con ilustraciones. Además, Anna adoraba leer los anuncios de las primeras páginas, que hablaban de toda clase de productos que no había tenido la oportunidad de probar. La cogió y comenzó a hojearla con

entusiasmo. «Phoscao: el más exquisito de los desayunos, ideal para los anémicos, ancianos y aquellos que digieren con dificultad.» En el orfanato no tenían cacao, así que la leche la tomaban tal cual, sin nada, pero con una cucharada de azúcar. Si las niñas se encontraban un poco débiles o anémicas, sor Julia lo tenía claro: una cucharada de aceite de hígado de bacalao podía salvar a cualquiera incluso del raquitismo. «Píldoras circasianas: endurecimiento de los pechos en dos meses.» Anna se tocó los suyos y comprobó que los tuviera turgentes. No tenía gran cosa, sin embargo. Inevitablemente, pensó en aquellas matronas de pecho abultado que amamantaban a tantas criaturas a lo largo de su vida. Seguro que las necesitarían, concluyó. «La Flor de Oro: una fricción diaria de esta maravillosa agua basta para hacer desaparecer las canas y devolver al cabello su color primitivo.» Pensó en sor Julia y en su cabello ya canoso. Había leído que el agua de hervir las patatas ayudaba a oscurecerlo, pero la monja ni siquiera le había prestado atención, pues decía que una monja no debía atender ese tipo de coqueterías ni perder el tiempo en frivolidades. «Peluquería de señora Ramos: casa especializada en postizos, ondulación Marcel y permanente. Tinturas, manicura, masajista y perfumería.» Se mordió el labio con frustración y se tocó la melena recogida en un moño. No se había atrevido a cortárselo, pero sí había intentado hacerse un Marcel ella misma con las tenacillas de atizar el fuego de la estufa. Desgraciadamente, solo había conseguido estropeárselo todavía más y llevarse una buena bronca de las monjas. No le quedaba más remedio que lidiar con una melena que atentaba contra la moda del pelo corto de la época y que le impedía parecerse a su admirada Bette Davis. «Nieve Hazeline: conserva hasta el final la frescura del cutis y evita el encendimiento del rostro.» Anna tenía su propio polvo de arroz casero. Molía unos gramos de arroz con el mortero y guardaba el polvo en un frasco de cristal. Solía ponérselo en los días de fiesta y, aunque no tenía el aroma de los que vendían en droguería, la ayudaban a sentirse un poco más bella y cuidada. «Buick: las figuras preeminentes de la sociedad son propietarios de Buick, por ser el coche que su vida necesariamente activa les obliga a poseer.» ¿Cómo sería conducir un coche?, se preguntó. Nunca había subido a uno y cuando los veía pasar por la Rambla se quedaba embobada mirando al conductor, imaginándose la clase de vida que podría

tener. Ojalá su futuro marido, se dijo a sí misma sin mucha esperanza, fuera uno de esos hombres que podían permitirse un automóvil y la llevara a cualquier parte del mundo.

—¡Qué envidia me da leer todos estos anuncios! —exclamó Anna—. ¿Cómo debe ser disfrutar de productos así?

—Pues si consigues un trabajo podrías comprártelos —respondió Luisa—. Aunque míranos a nosotras: lo que nos pagan no nos da ni para unos polvos de arroz. Tenemos que dar el dinero a nuestras familias para pagar el alquiler.

—Oye, pero si trabajaras en una droguería... —María alzó las cejas—. Antes hemos pasado por la droguería Anyí y había un cartel en la tienda para solicitar dependienta.

—¿En serio? —exclamó Anna—. Sor Julia me está buscando trabajo, puedo decirle que me ayude a trabajar con los Anyí. Creo que les compran a ellos el matarratas y la lejía.

Adoraba ver el escaparate de la droguería Anyí de la Rambla: latas y cajas de cosméticos, detergentes y productos de limpieza... Su estilo señorial, sus columnas clásicas y los azulejos estampados de las paredes acogían a lo más selecto de la burguesía catalana: mujeres que acudían en busca del mejor perfume de la casa Myrurgia, hombres que compraban tintes para teñir sus zapatos viejos, jóvenes que se llevaban litros de brillantina para el pelo...

—No sé yo si te veo en una droguería. Para vender tienes que mentir y ser persuasiva. Te veo poca cosa.

—¿Poca cosa? —Frunció el ceño—. No creo que tenga que mentir para vender. Hay que ser honesto siempre.

—¡Ja! ¡Y una leche! —Le hizo una mueca—. Si vas con esa mentalidad no vas a durar ni dos días. La mentira no tiene por qué ser algo malo. Puede ayudarte a conseguir lo que te propones y ganarte la vida.

—No me gustaría engañar a nadie. —Negó con la cabeza, agarrando fuertemente la revista—. Puedo convencer a los clientes de otra manera.

—¿Y por qué crees que quieres comprar todos los productos que has leído en la *Blanco y Negro*? —Hizo una pausa—. Te manipulan y te convencen de que lo suyo es lo mejor. Estás deseando comprarlos todos. Hasta el coche, y eso que no lo necesitas.

Tenía razón. Aunque no se daba cuenta, los anuncios publicitarios estaban destinados precisamente a eso, a lograr que la gente los comprara, y para ello recurrían a la fuerza expresiva de la palabra y a imágenes atractivas y complacientes.

–Bueno, no creo que consiga el trabajo... –prosiguió decaída–. Mirad qué ropa llevo... las dependientas siempre van impecables y modernas.

–¿Por qué no te haces un *jumper* de lana? –dijo Luisa–. Está muy de moda. Y una falda de cintura baja, a lo Coco Chanel.

–Ay, calla, ojalá fuera como ella. –Soltó un suspiro–. Tan elegante...

–Oye, que nunca se sabe. Además, leí en la revista que tuvo una infancia difícil, igual que tú. Estuvo en un orfanato porque su madre murió de tuberculosis y su padre no se responsabilizó ni de ella ni de sus cuatro hermanos. Luego fue cantante en un café de París. Y mira dónde ha llegado: abrió una tienda de sombreros y ahora es la diseñadora más famosa del mundo.

–Pero yo no sé hacer nada, Luisa. –Agachó la cabeza–. Bueno, sí, lavar. Jamás seré una mujer exitosa.

–Tienes que ser valiente y atrevida como ella: dejó de lado el corsé, puso de moda el pelo a lo *garçon*, el color negro... Y lo más importante: ¡se atrevió a llevar pantalones!

–¡Qué locura! –Rio–. Si apareciera vistiendo pantalones en la droguería me echarían seguro.

–Pues la verdad es que sí: no he visto a casi ninguna mujer por la calle con pantalones –comentó María–. Creo que solo las más grandes, como Coco, pueden llevar algo así. Las demás seríamos criticadas. Si alguna vez quieres llamar la atención, Anna, ya sabes qué es lo que tienes que ponerte.

–Desde luego –asintió–. Pero tenéis razón: si Coco fue capaz de conseguir todo lo que ha conseguido, yo también puedo hacerlo. ¡Quiero ser dependienta!

–Pues ya sabes: empieza a coser tu *jumper* y créetelo. Seguro que sabemos mucho más de cosmética que otras que van pintadas hasta las cejas. No hay nada como leer la *Blanco y Negro*.

–Y si me marchó del orfanato, necesitaré un lugar para vivir –resopló, agobiada.

–Oh, conozco a unas chicas que están buscando compañera de piso –añadió rápidamente–. Viven en el Raval. Es barato y son muy simpáticas.

–¿En el Raval? –Arrugó la frente–. ¡Sor Julia me mata si me marcho allí!

–Y ¿dónde te piensas que puedes vivir con el sueldo de una dependienta? –Rio, incrédula–. Por favor, pon los pies en la tierra, Anna.

Anna llegó al orfanato con energías renovadas. Las chicas le habían subido el ánimo y quería luchar por ese puesto de dependienta, así que se fue a ver a sor Julia. Esta estaba en la cocina, preparando la comida. Aquella mañana habían desollado varios pollos del corral y el ambiente olía inevitablemente a sangre animal. También a leña. Era el aroma de una mañana de verano, el cálido abrazo de un hogar. El ir y venir en la cocina era cotidiano para ella y las monjas ya estaban acostumbradas a su presencia. Anna se sentía allí reconfortada, también afortunada de poder disfrutar de aquellos momentos tan familiares. Un par de monjas, sentadas en sillas bajas, sujetaban enormes recipientes de barro y batían los huevos con el azúcar y la harina para hacer bollos y magdalenas. El horno estaba encendido y desprendía un calor insoportable. Sor Julia tenía las manos metidas en un cuenco lleno de sangre de cerdo y lo había mezclado con varias especias para hacer morcillas. La intensa pasta de color violeta le cubría los brazos hasta los codos.

–¿Ya has visto a tus amigas? –le preguntó la monja–. ¿Mucha gente en la playa?

–Sí. –Se quedó parada a su lado–. ¡Hace un día estupendo!

Sor Julia se la quedó mirando.

–Ay, Anna, ¿qué es lo que quieres?

Anna se sonrojó y se rascó el pelo.

–¿Tanto se me nota? –Carraspeó–. No sé si es que soy muy expresiva o es que usted me conoce demasiado.

–Las dos cosas, creo –Sonrió–. Venga, ¿qué te han dicho las lavanderas? ¿Necesitas algún ingrediente para hacer una crema de esas que salen en las revistas?

–No es eso, sor Julia. –Se sonrojó–. Es que me han dicho que la droguería Anyí necesita dependienta. Sé que conoce al dueño y...

–¿Quieres trabajar allí?

Asintió y se quedó callada.

–Puedo intentarlo –continuó, removiéndolo la sangre–. Les gustará tener a una chica de confianza y bien educada. Además, conoces todos esos chismes para la belleza. Pero no te hagas ilusiones, por si acaso.

Anna comenzó a morderse las uñas, impaciente.

–¿Cree que podría valer?

–Eso nunca se sabe hasta que se prueba –recapacitó–. Pero debes saber que la vida fuera no es fácil y que en un trabajo de ese tipo puedes toparte con gente muy variopinta. Tienes que ser comedida y no hablar más de la cuenta.

–¿Cuándo hablo yo más de la cuenta? –sonrió–. Ya sé que a veces puedo ser demasiado insistente...

–No todo el mundo es como tú, ni como esas esas lavanderas deslenguadas amigas tuyas. Afortunadamente.

–Una dependienta tiene que ayudar al cliente a encontrar el producto más eficiente.

–Pero con precaución, hija. –La miró seriamente–. Tienes que escuchar más y hablar menos; descubrir los anhelos y necesidades de una persona sin preguntar demasiado.

–Eso solo lo puede hacer Dios, sor Julia. –Le guiñó un ojo–. Pero tiene razón. Es usted una mujer sabia y no sabe lo mucho que la voy a echar de menos cuando tenga que dejarla.

Sor Julia agachó la cabeza y desvió la mirada.

–Vamos, niña, vete de la cocina, que estorbas –dijo con la voz engolada, reprimiendo el nudo en la garganta–. Que siempre eres la salsa de todos los guisos, mi querida Anna...

Aquella misma tarde comenzó a coser su *jumper*.